

EL VALLISOLETANO PEDRO ESCOBAR CABEZA DE VACA EN SU *LUZERO DE LA TIERRA SANCTA*

VÍCTOR DE LAMA DE LA CRUZ
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

1. EL LUGAR DE LOS LIBROS DE PEREGRINACIÓN EN LA NARRATIVA DE LOS SIGLOS DE ORO

Los libros de peregrinación, que tanto circularon por el Occidente europeo en los Siglos de Oro, han sufrido un doble olvido: como libros de viajes no han encontrado tratamiento en los manuales de literatura y, por otro lado, su temática religiosa y su estructura reiterativa han sido argumentos para que la crítica apenas les haya prestado atención. No es extraño, por tanto, que un autor como Pedro Escobar Cabeza de Vaca y su *Luzero de la Tierra Sancta* hayan sido ignorados y su estudio parezca hoy más un ejercicio de “arqueología literaria” que de crítica o de historia de la literatura. Intentaré demostrar en las páginas siguientes que el estudio de una obra como la mencionada es interesante y aporta claves nuevas para la comprensión de la cultura y la literatura de la época.

El desdén por los libros de viajes parece un problema en vías de solución, pues la literatura viática es una de las parcelas que más atención ha suscitado entre los investigadores en los últimos veinte años. Este florecimiento se ha concretado en numerosas publicaciones monográficas, congresos, hallazgos de nuevas fuentes y ediciones de los textos. A pesar de las reticencias de algunos, que prefieren no considerar los libros de viajes como género literario, la realidad es que hoy estos relatos se han convertido en uno de los temas de estudio más

interesante y dinámico entre los estudiosos de la literatura.¹ Tales desvelos han fructificado también en la preparación de bibliografías que facilitan el trabajo del investigador como la de Barry Taylor (1993) y la de Enrique García Sánchez en el portal *Lemir* (2010), ambas circunscritas a la Edad Media, o la de alcance general de M^a del C. Simón Palmer (2011). Y este auge coincide con un renacimiento de la literatura viajera de creación, que se registra al menos desde 1995 (Uzcanga Meinecke, 2006).

Pero los viajes de peregrinación no han gozado de la misma suerte, al menos en España, donde ni siquiera disponemos de bibliografías especializadas como las que en otros países se confeccionaron hace ya más de cien años por alemanes² o italianos.³ A pesar de esta desatención de la erudición española por esta materia, creo que estos libros de viajes tuvieron un papel muy importante en la cultura y en la literatura de los Siglos de Oro. Se podrá alegar que los viajes de españoles a Tierra Santa fueron insignificantes en número, si los comparamos con los realizados al Nuevo Mundo recién descubierto. Pero ese no es el problema: si queremos adentrarnos en el universo mental de los lectores de los siglos XVI y XVII -es decir, en su cultura-, debemos fijarnos en los libros que alimentaron las ensoñaciones viajeras de aquellos españoles. Se leyeron, efectivamente muchos libros de viajes, crónicas y relaciones de sucesos que tenían que ver con el Nuevo Mundo, pero las reediciones más abundantes atestiguan un favor sostenido de los lectores españoles por los viajes a Tierra Santa.

Algunos de esos libros eran de tradición medieval, pero en el siglo XVI alcanzaron una formidable difusión con la imprenta. Me refiero especialmente a dos: el más antiguo, escrito a mediados del siglo XIV, es el *Libro de las maravillas del mundo* del enigmático Juan de Mandevilla, que dedica una parte importante a su paso por Tierra Santa y del cual se conservan numerosos manuscritos

¹ Algunas monografías, actas de congresos y libros colectivos sobre la literatura viática medieval son ejemplo de esta dedicación: Rubio Tovar (1986), Popeanga (1991), Labarge (1992), Ladero Quesada (1992), Acosta (1993), Aznar Vallejo (1994), Carmona y Martínez Pérez (1996), García Guinea (1997), Beltrán (2002), Pérez Priego (2002), López Estrada (2003), Monferrer Sala y Rodríguez Gómez (2005), Córdoba y Pérez Díez (2006), Iglesia Duarte (2009), Cano Pérez y García Arévalo (2012).

² Siguen siendo imprescindibles las bibliografías de Tobler (1867) y Röhrich (1890).

³ Civezza (1879) y Golubovich (1906-1927).

medievales (en latín, inglés, alemán, español, flamenco, italiano, danés, checo e irlandés) y ejemplares de varias ediciones que lo divulgaron en la España del siglo XVI.⁴ El otro es el *Libro del Infante don Pedro de Portugal*, un libro que se escribió hacia 1450⁵ pero que llegó a ser un auténtico *best seller* en los Siglos de Oro, cuyos protagonistas se detienen en la visita de los Santos Lugares de camino a la corte fabulosa del Preste Juan.⁶ Ambos son muy fantasiosos, escritos probablemente con materiales de biblioteca y sin que los autores realizaran esos viajes imaginarios; aun admitiendo la credulidad de muchos lectores, difícilmente podían presentarse ante los mejor formados como experiencias vividas realmente. Sin embargo, ofrecían un divertido entretenimiento con noticias sorprendentes de países lejanos en que habitaban seres maravillosos con cualidades desconocidas.

Junto a estos, hubo numerosos libros impresos que desde los inicios del siglo XVI relatan la experiencia real de un viaje de peregrinación a Tierra Santa. Estos libros señalan las fechas reales del viaje, las circunstancias y las evidencias de una experiencia viajera vivida en primera persona y que seguramente era envidiada por muchos de sus lectores. Me refiero a los libros, entre otros, de Bernardo de Breidenbach, traducido al castellano por Martínez de Ampiés (1498), del Cruzado (1515, 1520, 1529, 1533),⁷ de Antonio de Aranda (Toledo, 1533, 1537, 1545, 1551, 1555; Alcalá de Henares, 1539, 1552, 1563, 1568 y 1584; Sevilla, 1539, y Madrid, 1568), de Antonio de Medina (1573 y trad. italiana de 1590), de Francisco Guerrero (varias docenas de ediciones), de Ceverio de Vera (1596,

⁴ Se conservan ejemplares de cinco ediciones con interesantes grabados y se mencionan otras perdidas. Rodríguez Temperley (2005) reseña esas cinco ediciones: Valencia (1521, 1524, 1531 y 1540) y Alcalá de Henares (1547). Parece que hubo una de 1515, si bien otras de 1564 y alguna incunable no están debidamente documentadas.

⁵ Véase al respecto Sharrer (1976-1977: 85-98).

⁶ Lo editó Rogers (1962) quien menciona 123 ediciones diferentes, de las que acepta como genuinas 113; más de la mitad están en español, las restantes en portugués.

⁷ Parece que su obra ya circulaba impresa en 1501, puesto que *Los misterios de Jerusalem* formaba parte de una lista de 22 libros que en esa fecha la reina Isabel regala a su hija doña Catalina antes de salir con destino a Inglaterra para casarse con Arturo de Gales, primogénito del rey Enrique VII (véase al respecto Lama de la Cruz (2013: 210).

1597, 1598 y 1613), de Antonio del Castillo (muy numerosas ediciones) y varios más que son menos conocidos.

Estos libros de peregrinación, como el de Escobar Cabeza de Vaca del que me voy a ocupar, se reeditaron muchas veces y fueron muy apreciados por los lectores de obras narrativas en los siglos XVI y XVII. La cuestión resulta algo extraña para el lector del siglo XXI, pues la estructura externa de estos libros de peregrinación es siempre la misma y, por tanto, podría considerarse poco atractiva: el relato de un viaje de ida y vuelta con ligeras variantes a Oriente Próximo, que se detiene en la visita de los lugares sagrados de Jerusalén y los alrededores mencionados en el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Mención especial, por estar escritos en verso, merecen dos relatos de peregrinación a Tierra Santa de principios del siglo XVI: el *Alcázar Imperial de la Fama del Gran Capitán*, de Alonso Gómez de Figueroa, que se publicó en 1514 (ed. García-Abrines, 1951; Tena Tena, 1991; Lama de la Cruz, 2013); y la *Trivagia*, de Juan del Encina, que da cuenta de su peregrinación a Jerusalén realizada junto al Marqués de Tarifa en la segunda mitad de 1519.⁸

Como relatos de viaje, los relatos de peregrinación poco podían aportar al conjunto. Por eso no debe extrañarnos que hayan sido secularmente desdeñados por la crítica. Pero estas obras no pretendían descubrir al lector lugares lejanos o aventuras inéditas en tierras nunca holladas por el hombre occidental. El viaje en sí estaba marcado de antemano en su itinerario y, sin embargo, había mucho espacio para la incertidumbre, razón por la cual tenía otros alicientes para el lector: se podían conocer costumbres de otros pueblos y comprobar cómo el viajero se exponía a los riesgos del mar y de los temibles piratas; se temían las pestes y las enfermedades por lo que era habitual hacer testamento antes de partir; además el viajero podía ser robado o acabar sus días como cautivo de los desalmados turcos. De manera que, a pesar de la simplicidad del hilo conductor, podían surgir en estos relatos lances imprevistos que animaban el relato con el color de la aventura.

Con todo, en la inmensa mayoría de estos libros los componentes exóticos o pintorescos son meramente anecdóticos. Es más, en los libros escritos por religiosos se procura no distraer el

⁸ De este relato contamos con las ediciones de J. González Moreno (1974), A.M^a Rambaldo (1978) y M.Á. Pérez Priego (1996).

relato del peregrino con otras materias.⁹ Lo que daba valor a estas obras, por tanto, era el componente religioso que había detrás de la visita imaginaria de los lugares de la redención y en mucha menor medida las noticias del viajero. Al ser relatos en primera persona, es necesaria la identificación con el viajero que ve, toca y pisa los mismos lugares donde Jesucristo había nacido, había sido bautizado, ultrajado, crucificado y enterrado. De la mano del narrador, el lector podía situar en su escenario real a todos los actores de aquel gran drama que cada año se escuchaba e imaginaba en los oficios de la Semana Santa: la casa de la Virgen, la de Anás, la de su amigo Lázaro, el Huerto de los Olivos donde Pedro le negó tres veces...e incluso desde donde Jesús ascendió a los cielos. No sólo se actualizaba la pasión de Cristo en esa lectura. Muy cerca de Jerusalén se encontraba Belén, donde había nacido, el río Jordán, lugar de su bautismo, la casa de Lázaro, Marta y María, sus amigos del alma. Y no muy lejos, en el valle Hebrón, el lugar donde estaban los sepulcros de Adán y Eva y los patriarcas, donde la ballena se tragó a Jonás, etc.

El conocimiento más o menos profundo de la Biblia, y en especial de los Evangelios, permitía al lector o lectora de estos libros de peregrinación un menor o mayor grado de identificación con ese viajero-narrador que se convertía en aquellas páginas en guía privilegiado de aquellos lugares de salvación. Se podrá decir que eran pocos quienes podían leer la biblia en latín, pero no se negará que circularon profusamente los relatos del Antiguo y del Nuevo Testamento en castellano.¹⁰ Y sobre todo, cada domingo el cristiano

⁹ En el prólogo a *Los misterios de Jerusalem* (Sevilla, Cromberger, 1515) precisa el Cruzado el carácter religioso de su obra, ya que va a “declarar y dar noticia a los lectores y oyentes solo de las cosas en las cuales se puede consolar espiritualmente” (2r), y apunta que habrá otros autores que se ocuparán de escribir “de reinos, provincias y ciudades así de cristianos como de moros”. Cito por el ejemplar de la BNE: VE 1251-10.

¹⁰ Basta recordar, por ejemplo, la *Vita Christi* de Ludolfo de Sajonia, traducida por fray Ambrosio de Montesino, con que se inauguró la imprenta complutense. Esta obra constituía una refundición de los cuatro evangelios, acompañada de comentarios y citas. Mucho mejor testimonio de la lectura del Nuevo Testamento en la primera mitad del siglo XVI son las abundantes ediciones del libro *Epístolas y Evangelios por todo el año*, obra atribuida tradicionalmente a fray Ambrosio de Montesino. Hasta que la Inquisición prohibió las versiones en romance de los textos bíblicos, esta obra gozó de numerosas ediciones: 1512 (Toledo), 1525 (Zaragoza, Jorge Coci), 1526 (Sevilla, Juan Varela), 1532 (Toledo), 1535 (Toledo, Juan de Villaquirán y Juan de Ayala), 1536 (Sevilla, Juan Cromberger), 1538 (Amberes), 1542 (Amberes), 1543 (Sevilla), 1544 (Amberes), 1549 (Toledo), 1550 (Amberes),

devoto escuchaba en la epístola y en el evangelio pasajes de la historia sagrada. En un mundo dominado por la cultura oral el cristiano estaba familiarizado con aquellos motivos que acababa por aprender de memoria.

Los erasmistas censuraron las exageraciones y mentiras de los libros de caballerías, así como los devaneos amorosos de la ficción sentimental y de la poesía. No es fácil determinar hasta qué punto los lectores hicieron caso de los moralistas y volvieron sus ojos a libros más edificantes sobre experiencias reales, como los de peregrinación o las vidas de santos. Los prólogos de los libros de viajes a Tierra Santa mencionados insisten en que todo lo que se cuenta en ellos es real y vivido por el propio autor y defienden que en la verdad radica el valor de su obra. A la vista de las numerosas ediciones de estos libros de viajes a Tierra Santa, habrá que admitir que los lectores de obras narrativas eligieron entre los géneros de ficción que habitualmente se estudian en la literatura de los Siglos de Oro –sentimental, de caballerías, pastoril, morisca, picaresca- y estos relatos de peregrinación. Ni siquiera creo que debamos pensar en grupos de lectores diferentes, sino que pudieron entretener su ocio alternando las historias noveladas con estos otros autobiográficos que invitaban a la contemplación religiosa, según fueran los intereses de cada momento.

2. PERFIL BIOGRÁFICO DE PEDRO ESCOBAR CABEZA DE VACA

Pedro Escobar Cabeza de Vaca se presenta al lector en la portada de su *Luzero de la Tierra Sancta* como “alférez de la Orden de los Caballeros Templarios de la Santa Cruz de Jerusalén” y la misma graduación vemos en el texto de la licencia de su libro, firmada el 27 de septiembre de 1586.¹¹ A pesar de ostentar un título tan llamativo, apenas conocemos de este autor más datos que los proporcionados por su libro y los que se desprenden de sus dos testamentos firmados en Valladolid y del inventario de sus bienes tras

1550 (Zaragoza), 1555 (Zaragoza), etc. Hoy parece que Montesino cumplió el encargo de Fernando el Católico limitándose a revisar una obra latina de Juan Herolt de Basilea (Véase Matesanz del Barrio (1997: 215-230).

¹¹ La identificación de nuestro autor dentro de la gran familia de los Cabeza de Vaca, apellido que se vincula a la victoria de las Navas de Tolosa, queda fuera de mi interés actual. Para un primer acercamiento a las diferentes ramas de los Cabeza de Vaca, véase el artículo de Gómez de Olea y Bustinza y Moreno Meyerhoff (2000-2001: 88-154).

su fallecimiento.¹² Estos documentos nos aportan una información preciosa no solo sobre sus bienes y sus convicciones religiosas, sino también sobre su familia.

Tuvo que obtener un ascenso en sus últimos años, pues en su testamento de 1591 leemos: “yo el capitán Pedro Descobar Cabeça de Baca, vecino de la villa de Villacarlón [Villacarralón] (Valladolid) e natural de ella...”. Su viaje a Tierra Santa lo había realizado durante el otoño y el invierno de 1584-1585 y fue durante su estancia en Jerusalén cuando fue armado caballero del Santo Sepulcro.¹³ Estaba ya retirado de su carrera militar, por lo que podemos deducir que probablemente había nacido en la década de 1530-1540.

No sabemos en qué día exacto murió, pero tuvo que ser entre el 26 de abril de 1592, fecha del último codicilo, y el 26 de mayo del mismo año, cuando se hizo el inventario de sus bienes tras su fallecimiento. En su primer testamento establece que su cuerpo sea sepultado en la parroquia donde falleciese y, si fuera en Valladolid, en el monasterio de los Carmelitas Descalzos, camino de Cabezón. Su religiosidad queda de manifiesto en el abundante número de misas que encarga y los dineros que dona semestralmente, durante diez años, a este monasterio carmelita y al de las Franciscanas Descalzas de Valladolid. También nos informa de que dejó a su viuda, Ana Acero, y a su hijo legítimo, Marcos de Escobar,¹⁴ bajo la protección de Bautista de Vallejo, criado del duque de Nájera, a quien Cabeza de Vaca nombra tutor de ambos.¹⁵

¹² Los dos testamentos se conservan en el Archivo Histórico de Protocolos de Valladolid y han sido publicados, junto con el inventario de sus bienes, por Anastasio Rojo Vega. Hizo un primer testamento en Valladolid el 11 de agosto de 1591 (A.H.P.V. protocolos, leg. 421, fo. 1.412), con codicilos añadidos los días 11 y 12 de diciembre de 1591 (A.H.P.V., leg. 421, fo. 1.681 y 1.682) y redactó uno nuevo el 29 de enero de 1592 (A.H.P.V. protocolos, leg. 759, s.f.), con codicilo del 26 de abril de mismo año (A.H.P.V. protocolos, leg. 759, s.f.). El 26 de mayo de 1592, tras su muerte en fecha no concretada, se hace inventario de sus bienes. (Anastasio Rojo Vega “Testamento del autor del *Luzero de la Tierra Sancta (1587)*”, <http://www.anastasio-rojo.com/#!/1592-testamento-e-inventario-de-pedro-escobar-cabeza-de-vaca-autor-del-luzero-de-tierra-santa>).

¹³ El papa Alejandro VI había concedido en 1496 al Guardián de Tierra Santa el privilegio de armar en Jerusalén caballeros del Santo Sepulcro, privilegio que habían confirmado luego varios papas.

¹⁴ Anastasio Rojo anota que su hijo “acabó siendo sastre y mercader de ropería hasta su muerte en la propia ciudad de Valladolid”.

¹⁵ Añade Escobar que si Bautista de Vallejo muriese antes de que su hijo cumpliera los veinticinco años “es mi voluntad y mando que sea su tutor y curador

No era Cabeza de Vaca un aristócrata acaudalado. Sin embargo, vemos que consigue publicar un libro relatando su peregrinación, dona unas considerables sumas a las dos órdenes religiosas mencionadas, deja suficientes bienes a su hijo y a su mujer, y además encarga una capilla donde sería enterrado y quinientos ducados para que se gasten en misas y limosnas para pobres. Todo ello debería pagarse con la renta que tiene del condestable de Castilla. Esto permite entrever que era un hidalgo de mediana fortuna, bien relacionado en Valladolid y digno de varios sonetos encomiásticos que recuerdan no sólo su viaje, sino también sus servicios al rey y a la patria.

En el codicilo de 12 de diciembre de 1591 revoca una cláusula del primer testamento y prefiere que su cuerpo sea enterrado en el monasterio de las “descalzas franciscas” de Valladolid, “frontero de Chançillería”, poniendo sobre su sepultura el hábito de caballero templario del Santo Sepulcro de Jerusalén.

Es muy probable que la redacción del segundo testamento, de 29 de enero de 1592, fuera consecuencia de la muerte de su mujer y que esos últimos meses fueran muy difíciles para nuestro autor. En efecto, además de ratificar en él su voluntad de ser enterrado en el monasterio de las franciscanas, establece lo siguiente: “Dexo y nombro por mi universal heredero en toda mi hacienda a Marcos de Escobar Vaca, mi hijo legítimo, y de doña Ana de Acero, mi muger difunta...”

En ese mismo testamento reitera su deseo de que se edifique una capilla en el monasterio donde será enterrado, deja dinero para que “se casen dos huérfanas cada un año doncellas honradas a cada una de las cuales se dé una dote de treinta mil maravedíes...”, declara que su “hijo el día de la fecha d’este mi testamento cumple cuatro años” y prefiere como tutor suyo al “Licenciado Vaca, mi primo..” y si este muriese, lo sería Bautista de Vallejo. A la vista de estos documentos, no cabe duda de que su mujer murió entre el 12 de diciembre de 1591 y el 29 de enero de 1592. La experiencia de ver huérfano a un hijo de tan corta edad debió de ser un trago muy duro para él y, de hecho, Pedro Escobar sobrevivió a su mujer solo unos pocos meses.

Su viaje a Tierra Santa fue un proyecto muy meditado, pues cuando se encuentra en Jerusalén da gracias a Dios por “dexarnos

de su persona y bienes el licenciado Jerónimo Vaca de Quiñones, mi primo, abogado en esta Real Audiencia”. Veremos cómo Jerónimo Vaca de Quiñones es uno de los que le había dedicado uno de los sonetos encomiásticos y una canción que se publicaron en los preliminares de su obra. Cervantes dedicó a Jerónimo Vaca unos versos encomiásticos en su *Canto de Calíope*, recogido en *La Galatea* (1585).

pisar aquella tierra / muchos años de mí tan desseada” (f. 61r); lo más probable es que su peregrinación, y su nombramiento como caballero templario, fueran concebidos como broche final a su carrera militar. Por esas circunstancias vitales, y por datos de sus testamentos, es lógico pensar que el suyo fuera un matrimonio tardío, probablemente bastante desigual en edad y clase social y, en cualquier caso, posterior a su peregrinación de 1584-1585, ya que ninguna referencia hay en su obra a su familia.

Si su hijo había nacido el 29 de enero de 1578 (como se desprende de su segundo testamento), podemos aventurar que Pedro Escobar contrajo matrimonio, como tarde, en la primera mitad de 1577, año en que apareció publicado su *Luzero de la Tierra Sancta*. Estos acontecimientos felices, tan seguidos, nos permiten imaginar que Cabeza de Vaca disfrutó de unos pocos años de grata vida familiar, los cuales se vieron truncados en 1591 con la muerte de su mujer y su propio final en 1592.

De uno de los sonetos encomiásticos se desprende una larga dedicación militar, sin duda al servicio de Felipe II, como declara al principio de su obra:

Hallándome en el Reyno de Sycilia
cerca del Visorrey entretenido,
después de haver servido largos años
a Phelipe Catholico Rey nuestro,
trayendo cada día a la memoria
de quán graves sucesos y peligros
en ellos me libró la eterna mano
del que gobierna el mar, la tierra, el cielo...

Durante su última etapa como militar, debió de prestar servicios en Sicilia o en Nápoles, donde demuestra conocer a varias autoridades militares cuando sale de Mesina para Alejandría en 1584.¹⁶ Lo mismo hacen pensar unos versos al final de la obra en que da cuenta de su regreso a ciertos personajes que servían en Nápoles y Sicilia. Pero, salvo esos servicios prestados a su rey, Cabeza de Vaca no hace referencia a lo largo de tan dilatado viaje a otros hechos de su vida pasada. Y tampoco vemos en su relato referencias a España, salvo cuando equipara la iglesia del Santo Sepulcro a la de Toledo y dice

¹⁶ Cuando partió, pudo encontrarse junto a Fabrizio Ruffo, virrey de Sicilia entre 1582 y 1584 o Juan Alfonso Bisbal que le sucedió y fue virrey entre 1584 y 1585.

que aquella aun es más grande; con tan escasos datos, no podemos adivinar por qué lugares transcurrió su vida anterior.

En resumen, los testamentos de Cabeza de Vaca y los abundantes dispendios de su viaje nos informan de su desahogada economía y de los últimos compases de su existencia en Valladolid. Su profunda religiosidad es de corte muy tradicional y no queda nunca espacio en ella para el escepticismo ante recuerdos tan llamativos de la historia sagrada. Por otro lado, la generosidad que va demostrando en todo momento con los demás, completa un perfil de persona buena “en el buen sentido de la palabra”, de militar retirado que se hace comprender y querer a lo largo de su extenso relato.

3. DEL EJERCICIO DE LAS ARMAS AL DE LAS LETRAS

Muchos ejemplos del siglo XVI, por no remontarnos más atrás, nos hablan de cómo las armas y las letras son dos actividades bien avenidas en el siglo XVI. El debate ya conoció hitos significativos en el siglo XV y no es cuestión de detenernos ahora en figuras tan señeras como el Marqués de Santillana, Jorge Manrique o Garcilaso. Suele decirse que la generación posterior a la de nuestro gran poeta toledano, la de Hurtado de Mendoza, Cetina y Acuña, es una promoción de poetas soldados. Los ejemplos de Cervantes en Lepanto (1571) y Lope de Vega, que decía haber participado en la batalla de la isla Terceira (1582) y luego en la Gran Armada (1588), expresan bien el timbre de gloria en que se envolvían los poetas soldados de la época de Felipe II.

A la vuelta de su peregrinación Cabeza de Vaca compuso y publicó un libro cuyo título completo es *Luzero de la Tierra Sancta y grandezas de Egipto y el Monte Sinaí, agora nuevamente vistas y escriptas por Pedro Escobar Cabeça de Vaca, alférez de la Orden de los Cavalleros Templarios de la Santa Cruz de Hierusalem, dirigida al Príncipe de Paternoy. Con Privilegio. Impresso en Valladolid, en casa de Bernardino de Santo Domingo que en gloria sea. Año de 1587.*¹⁷

Esta primera edición debió de venderse pronto pues en la misma ciudad la obra volvió editarse en 1594, cuando Escobar ya había

¹⁷ Se trata de un volumen en 8º, compuesto de [16]+201+[7] hojas, con 18 versos por página. He localizado siete ejemplares de esta edición: Madrid, BNE: R/5507 y R/7495; Madrid, Bartolomé March: 37/3/9; Oviedo, Universidad: CEA-119; Boston, Public Library: D.270b.20; London, BL: 1072 d.4; New York, Hispanic Society.

fallecido¹⁸. El impresor de esta nueva edición es Diego Fernández, y la imagen de la portada, que ya no es la cruz del Santo Sepulcro, sino una estrella de seis puntas inserta en un cuadrado y este en un óvalo mayor.¹⁹ Además lleva al pie de la portada la siguiente advertencia: “Va enmendada esta última impresión”.²⁰ Los textos preliminares (licencia, dedicatoria, sonetos encomiásticos y prólogo al lector) no cambian entre una y otra edición.

Escobar había salido de Mesina el 12 de septiembre de 1584, con la bendición y la licencia del papa Gregorio XIII, y tras una accidentada travesía, desembarcó en Alejandría, donde contrató a un jenízaro para que le sirviera de “intérprete, guía y criado”. Visitó luego El Cairo, donde pasó dos meses, hasta que el 23 de noviembre pudo sumarse a una gran caravana que se dirigía hacia Palestina, siguiendo aproximadamente el camino inverso al de la Sagrada Familia en su huida a Egipto. Entró en Jerusalén el 15 de diciembre de 1584, recorrió los lugares santos de los alrededores, llegó hasta Damasco y, tras regresar a Palestina, volvió de nuevo por tierra hasta El Cairo. Desde allí viajó hasta el monasterio de Santa Catalina en el Monte Sinaí regresando a Mesina en una fecha indeterminada del año siguiente.

El *Luzero de la Tierra Sancta* debió de redactarse en unos pocos meses ya que el privilegio, firmado por Juan Vázquez, es del 27 de septiembre de 1586 y en él se indica que “erades rezién venido”. En la

¹⁸ En varios registros de libros de aquellos años se mencionan ejemplares de la obra y en *Los libros del conquistador*, de Irving Leonard, aparecen tres *Luceros de Tierra Santa* (nº 81 del doc. 22), lo que indica que la obra circuló por América, lo mismo que los libros de caballerías.

¹⁹ También es un volumen en 8º, de [16]+167+[9] hojas, con 22 versos por página. De esta edición he localizado cinco ejemplares: Madrid, BNE: R/12976; Madrid, Biblioteca del Palacio Real: 3/625; Cagliari, Biblioteca Universitaria; Cambridge (UK), University Library; y Viena, Österreichische Nationalbibliothek: *38.Aa.112 PS.

²⁰ El rápido cotejo de algunas páginas me permite señalar que la mayor parte de las enmiendas de 1594 son meramente gráficas, debidas a los usos diferentes del nuevo impresor. No es la nueva una edición más cuidada, pues he advertido que algunas correcciones son erróneas. Así, el verso del f. 2v que en la de 1587 dice “de esta ciudad a la de Alexandría / me embarqué...” en la de 1594 queda deturpado en “de esta ciudad de Alexandría / me embarqué...” cambiando el sentido y haciéndolo hipométrico. No es el único caso, por lo que cabe pensar que la advertencia de la portada y las modificaciones fueron más un reclamo publicitario que un verdadero empeño en ofrecer una versión depurada. Por todo ello una hipotética edición crítica deberá basarse en la de 1587, que suponemos validada por el autor.

dedicatoria a don Francisco de Moncada indica que su libro era “primer hijo de mi entendimiento” y expresa a veces su temor a no satisfacer las expectativas. La pregunta parece obligada: ¿cómo era posible que alguien sin ninguna experiencia literaria se dispusiera a escribir y publicar una obra de más de 7.000 versos? Veamos su respuesta:

Dos cosas solas me sacaron de vergüenza y me dieron osadía para arrojarme a tan ardua y difficultossa empresa, la primera ver con cuántas veras, y de cuántas personas era importunado por traslados d’esta mi peregrinación y viage y que de ninguna manera podía satisfacer este general desseo, sino con hazelle imprimir, aunque con algún peligro de mi honra por descubrir las faltas, que con callar estuvieran encubiertas. La otra no me parecía trabajo digno de perderse el que en este largo viage puse para mostrar clara y particularmente el camino de la ciudad y tierra sancta de Hierusalem, que en nuestra España tienen por muy peligroso y difícil, y aun no sé si por imposible siendo tan fácil, llano y gustoso como se verá por el discurso de mi historia...

Casi todos los peregrinos que nos han dejado un relato de su viaje destacan, tras su regreso, lo sencillo que ha sido para ellos realizar su sueño de viajar a Tierra Santa, a pesar de que aquellos territorios estaban sometidos al temible yugo de los turcos. Hemos visto que Cabeza de Vaca no es una excepción. Los temores iniciales duran como mucho hasta la llegada a Jerusalén donde el viajero comprueba que los peregrinos allí son bienvenidos porque pagan importantes peajes por visitar los santos lugares. Su integridad física no corre peligro allí ya que están protegidos por los franciscanos de la Custodia de Tierra Santa. Además, los turcos y los moros que habitan Palestina tienen mucho interés en que no se detengan las peregrinaciones para que ese río de dinero siga fluyendo.²¹ Todos los viajeros, eso sí, proporcionan abundantes datos prácticos para el viaje: cuáles han de ser los preparativos, las prevenciones que se han tomar, cuáles son los costes, etc. Muchas de estas recomendaciones aparecen

²¹ Quizá por ese interés en que los cristianos siguieran visitándoles y dejándoles dinero, Cabeza de Vaca explica mientras está en El Cairo que el moro que les guardaba les dijo que les protegía “más por su bien que por provecho nuestro / porque ay entre ellos una ley usada,/ que el lugar donde matan un christiano / se asuele todo, sin que piedra quede, / y si en el campo alguno le robare,/ el lugar más cercano paga el hurto /dando al que fue robado el interesse” (f. 35v).

en el prólogo al lector, pero hay otras que surgen en el curso del relato.²²

No debe extrañarnos, por tanto, que un viaje tan excepcional para la inmensa mayoría de los posibles lectores, fuera bien acogido por los impresores, porque sabían que se vendía. La utilidad práctica del mismo quedaba fuera de toda duda por varios motivos: en los Santos Lugares cambiaban las circunstancias en función de las relaciones con los turcos y no hacía muchos años que se había producido la jornada de Lepanto, que fue muy conocida en toda la Península Ibérica por numerosas relaciones de sucesos. Por otro lado, si los lectores podían conocer personalmente a su autor en Valladolid, esto añadía a la obra un valor testimonial incomparable.

Por otro lado, los abundantes textos preliminares de su obra, donde ocho poetas le dedican sonetos encomiásticos²³, nos hacen pensar que Cabeza de Vaca gozó de cierto reconocimiento en los círculos literarios de Valladolid, ciudad que por aquellos años gozaba de una rica vida cultural, muy bien descrita por Narciso Alonso Cortés y Bartolomé Bennassar.²⁴

Mucho debió influir en nuestro autor el clima cultural de Valladolid, ciudad que en las últimas décadas del siglo XVI era una ciudad universitaria en la que se había establecido la corte entre 1540 y 1561, y que se distinguía por los abundantes abogados, profesores y médicos que ejercían en torno a dos instituciones de primer orden: la Real Chancillería, tribunal principal de toda Castilla, y la Universidad. Esto sin contar el colectivo de los religiosos y los militares de alta graduación que, en torno a una imprenta bien desarrollada, podía aspirar a publicar sus creaciones. Jerónimo de Lomas Cantoral en su *Canto pinciano*,²⁵ publicado en 1578, recuerda a poetas que escriben en los años setenta; además de un Hernando de Acuña, ya anciano, menciona a Damasio de Frías, Francisco de Montanos, Pedro de Soria,

²² Breidenbach, por ejemplo, las incluye como advertencias de los franciscanos cuando los peregrinos desembarcan en Jafa; autores como Zuallart, contemporáneo de Cabeza de Vaca, prefieren dedicar el primer capítulo de su libro a las advertencias y preparación del viaje.

²³ Los sonetos van firmados por Alejo Flórez, Alonso Ramos Izquierdo, Antonio de Quiñones, Pedro Guiral Berrio, Francisco de la Cueva y Silva, Miguel Sánchez, Jerónimo de Ávila y Jerónimo Vaca de Quiñones. Casi todos han sido identificados por Alonso Cortés en las obras que se citan en la nota siguiente.

²⁴ Bennassar (1989). Para conocer la vida literaria por aquellos años debe consultarse el libro de Alonso Cortés de 1906 y su artículo de 1944.

²⁵ Publicó sus obras Rubio González (1980).

Andrés Sanz de Portillo, Cepeda y Cristóbal de Mendoza. Poco después Cervantes en *La Galatea* (1585) repite varios de estos nombres, entre ellos algunos de los sonetistas que van al frente del *Luzero*. Igualmente Lope en el *Laurel de Apolo* rinde tributo a los abundantes poetas del Pisuerga, entre ellos a Miguel Sánchez, otro de los autores de los sonetos dedicados a Escobar. Este poeta ya había sido elogiado por Lope en el *Arte nuevo* por haber inventado el recurso dramático de “engañar con la verdad”.²⁶

4. UNA PEREGRINACIÓN EXTRAORDINARIA

Por varios motivos se puede aplicar el adjetivo de *extraordinaria* a la peregrinación de Cabeza de Vaca. En primer lugar por la época en que la realizó: lo habitual era partir de Venecia (o de otro puerto del Mediterráneo) en primavera y regresar de Tierra Santa al final del verano, cuando la navegación aún no resultaba peligrosa; nuestro viajero partió de Mesina justo en el momento en que los clásicos preferían hacer la parada de invierno debido a que los temporales empiezan a dificultar la navegación.

También se aparta de lo más habitual por el medio de transporte utilizado: una nave de mercancías francesa que parte de Mesina con destino a Alejandría, en lugar de tomar en Venecia uno de los habituales barcos de peregrinos. Además, el itinerario de Cabeza de Vaca fue mucho más largo de lo acostumbrado, pues varias veces expresa su deseo de no dejar lugar santo sin conocer: visita todos los enclaves de Palestina y de Galilea, llegando hasta Damasco, donde están los recuerdos de San Pablo; y luego, deshaciendo el camino de ida, realiza una larga excursión hasta el monte Sinaí, que suponía unos quince días de ida, varios de estancia en el monasterio de Santa Catalina y alrededores (pues había también allí muchos recuerdos de la historia de Moisés y de los primeros tiempos del cristianismo) y otros tantos de vuelta.

Cabeza de Vaca fue en algunas ocasiones más allá de lo que la prudencia aconsejaba y los moros permitían. No duda en subir hasta lo más alto de la pirámide o internarse por sus oscuras galerías. Como buen militar, demostró su talante arriesgado, llegando a sobornar al

²⁶ Sobre Miguel Sánchez pueden verse los trabajos de Lama de la Cruz (2011 y 2013). Su poesía ha sido reunida por Lama de la Cruz (2015).

moro correspondiente, con tal de acceder a lugares con recuerdos cristianos vetados por los musulmanes.

Como tantos otros peregrinos, nuestro militar encarece el valor de su experiencia personal, destacando el privilegio de haber podido entrar en contacto físico con aquellos lugares santos. Así lo expresa en el “Prólogo al lector”:

Pero no los cuento por averlos leído ni de averlos oído contar a otro, sino persona que anduvo con los pies, vio por los ojos y tocó con sus manos, por la misericordia de Dios, los más lugares de el testamento viejo y casi todos los [que] de el nuevo pueden verse, como son los que se encierran en la sancta Hierusalem y su comarca donde vivió y murió aquel soberano sol de justicia.

Conviene recordar aquí las enseñanzas de Felipe Hagen, un peregrino de Estrasburgo que acompañó a Ignacio de Loyola en su viaje a Tierra Santa y que luego publicó su propio relato. Decía Hagen que el peregrino debía llevar para su viaje tres bolsas: de dinero para pagar todos los peajes, de paciencia para aguantar los ultrajes y la de la fe para aceptar todo cuanto le digan cuando vea los Santos Lugares.²⁷ Las tres las debía llevar bien llenas nuestro autor como demuestra a cada paso. Su inquebrantable fe queda de manifiesto en su pasión por no dejar lugar santo sin visitar; el dinero no le importa en exceso pues lo que debe pagar por cualquier servicio nunca le parece excesivo, a diferencia de lo que revelan los testimonios de otros viajeros. Y su paciencia y capacidad de sufrimiento es la de un militar entrenado en mil contratiempos, dispuesto a los mayores sacrificios para cumplir sus objetivos.

Para Cabeza de Vaca el hecho de ser nombrado caballero templario en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén fue un timbre de gloria incomparable. El juramento se produce tras celebrar una misa todos los frailes “por su intención y por el rey Felipe, cathólico rey nuestro”, ofreciéndonos los detalles de la ceremonia:

Una dorada espuela me calçaron,
y me ciñeron el estoque luego,
echándome la cruz preciosa al cuello,
insignia honrossa y hábito excelente

²⁷ Dice Hagen que “aquel que no lleve consigo estas tres bolsas debería sin más volverse a casa”, en Manzano Martín (1995: 21).

y que en antigüedad y en su principio
haze ventaja a todas las del mundo,
como antiguas historias nos lo muestran... (f.130r).

Si extraordinaria fue su peregrinación, también debemos destacar la extensión desacostumbrada de su relato. En efecto, Cabeza de Vaca recoge un buen número de leyendas, como la de los presos que se internaron en las pirámides a cambio de su libertad, descripciones de la tormenta y del fuego que estuvo a punto de acabar con su vida frente a Alejandría y noticias diversas que añadían interés al mero relato de peregrinación.

5. ESTRUCTURA Y CONTENIDOS DEL *LUZERO DE LA TIERRA SANCTA*

Los contenidos del *Luzero de la Tierra Sancta* se reparten en 25 cantos, que se ajustan a otras tantas etapas del viaje o a bloques de contenido más o menos homogéneos. El número “perfecto” de 25 y el término *cantos*, y no *capítulos* como era habitual en estos libros, obedece a esa naturaleza poética que nuestro autor quiere otorgar a su larga narración poética.

Tres partes se distinguen claramente en la obra: la primera consta de siete cantos en que Cabeza de Vaca nos refiere su viaje de ida y su paso por Egipto antes de llegar a Jerusalén; la segunda, de diez (cantos 8-17), en que relata su recorrido por los Santos Lugares de Jerusalén y sus alrededores más cercanos; y la tercera, con los ocho cantos finales (18-25), en que se resume la parte más larga del viaje y, por tanto, narrada más superficialmente: su camino por Galilea hasta Damasco, el regreso a Palestina y la vuelta hasta El Cairo por el mismo camino de la ida, para dirigirse bordeando el mar Rojo hasta el monte Sinaí y el monasterio de Santa Catalina; con el retorno a El Cairo y Alejandría, donde se embarca de nuevo hasta Mesina, concluye el relato, en torno al final de la primavera de 1585 o ya en el verano.²⁸

En todo libro de viaje de peregrinación suele haber un equilibrio entre las noticias propias del viajero y los contenidos habituales en una guía de los Santos Lugares. En los cantos iniciales predominan los episodios aventureros, que podríamos considerar característicos de

²⁸ Cabeza de Vaca solo nos da las tres fechas mencionadas antes. Alude a veces a la duración de un trayecto u otro, pero no podemos saber cuándo llega de nuevo a Alejandría o acaba su viaje en Mesina.

cualquier libro de viajes. Relata con cierto detalle su salida de Mesina en un galeón francés cargado de mercancías, los momentos angustiosos vividos ante la proximidad de una amenazante nave inglesa, de la que se libran al desencadenarse una tormenta en alta mar que dura veinticuatro horas. Otro momento culminante de estos primeros campases del viaje lo vivió al declararse un fuego en el barco frente al puerto de Alejandría que estuvo a punto de acabar con su vida.

Ya en la ciudad, la atención de Cabeza de Vaca se reparte entre los lugares de devoción y los que podían atraer la atención del viajero curioso. En Alejandría visita el lugar donde fue degollada Santa Catalina y el sepulcro de San Marcos, de donde los venecianos hurtaron su cuerpo; le impresiona la imponente columna de Pompeyo²⁹ y “los palacios de la gran Cleopatra”. Es entonces cuando contrata, con un sueldo de cuatro reales diarios, a un jenízaro “que de lengua y de guía me sirviese”, y realiza el viaje vestido de francés,³⁰

negando de español vestido y nombre
 porque les somos en extremo odiosos
 y no uviaa quien creyera
 ir solo a visitar la tierra sancta,
 sino por ser espía de la suya,
 y ansí de presso o muerto no escapara,
 y no solo negué mi nombre y tierra
 mas cuando tratar de ella se offrecía
 dezía muchos males de Españoles...

²⁹ De ella escribirá que “es la mayor de el universo mundo, / y aun una de las siete maravillas / que dicen que ay en él. Tiene de altura / hasta cien braços, y en circuyto veynte: / es hecha toda de una pieça...” La altura del fuste de esta imponente columna, de granito rojo de Asuán, es de unos 20,50 metros y su peso se estima en 285 toneladas. Debe su nombre a los cruzados, pues creyeron que señalaba el lugar donde fue enterrado Pompeyo, asesinado en el 48 a. de C., pero las últimas investigaciones aseguran que es bastante posterior. Por el texto que se puede leer en su basa, se ha creído que fue erigida en honor de Diocleciano (245-313), pero probablemente formaba parte del *Serapeum* de Alejandría, destruido en el 391, o quizá fuera del reinado de Arcadio (395-408).

³⁰ Todos los autores de libros de viajes españoles a Tierra Santa de los años siguientes evitan identificarse como españoles: Francisco Guerrero en 1587 declara llamarse Alberto (“porque pareciera más tudesco”), Ceverio en 1595 niega ser español y Miquel Matas en 1602 pasa por francés.

Las noticias sobre El Cairo son de todo tipo y en todo momento revela una curiosidad insaciable: nos cuenta cómo saben los agricultores si será año de buena cosecha por el tipo de tierra, la importante función del Nilómetro³¹, menciona las fiestas, describe la vestimenta de hombres y mujeres, se asombra de sus 18.000 mezquitas, del perímetro de la ciudad³² y de su población.³³ Nos informa de que hay tres cónsules occidentales: el francés (“bajo cuya autoridad viven los de cualquier nación christiana”), el veneciano y el inglés. En lo tocante a la religión cristiana hay un patriarca griego al frente de varias iglesias y un patriarca de cristianos “cofitos” (*coptos*), de los que en El Cairo hay unos 60.000.

Algunas informaciones nos permiten conocer directamente cómo se resuelven los conflictos de religión. Especial interés presenta el caso de los cuatro padres de la Compañía de Jesús que fueron enviados por Gregorio XIII para convertir a los coptos al credo latino y que fueron liberados *in extremis* gracias a la intervención de los cónsules y el dinero del Papa. El rigor de la justicia no era menor con los musulmanes que se permitían ironías sobre Mahoma. Cuenta el caso del sanjaco que, al hundirse una nave de mahometanos, dijo medio riéndose:

¡pues qué hacía Mahoma en este tiempo!
 Debía de dormir sin duda alguna,
 pues se dejó perder su nave y gente.

Acusado de blasfemia, le llevaron preso al bajá de El Cairo y como hombre poderoso que era le ofreció cien mil ducados, con lo cual el bajá “había aflojado el rigor y aspereza”. Se quejaron los que llevaban el turbante verde (es decir, los guardianes de la fe) y dijeron que no podía quedar impune por blasfemo. Quiso dilatar el bajá la justicia, pero al día siguiente le hicieron quemar vivo.

En El Cairo visita lugares santos tradicionales, como la casa donde la Virgen pasó siete años huyendo de Herodes y la huerta del

³¹ Del Nilómetro ya habló Plinio en su *Historia Natural* y, desde mucho antes que él describiera las crecidas, por estas columnas que habían instalado en diversos puntos del curso del Nilo (era famoso también el de Elefantina), sabían si sería buen año o no, pues tan perjudicial como la sequía podía ser inundación exagerada del delta.

³² “más de cuarenta millas, cuyo sitio / es a manera de una media Luna” (f. 21v).

³³ “que si se despoblasse solo el Cayro /el mundo todo no le poblaría, / y si nadie habitasse todo el mundo / solo el Cayro bastaría a poblarle” (f. 21 v).

bálsamo.³⁴ Pero su curiosidad le lleva también a sitios como la cueva donde se guardan muchas momias y a las pirámides. Ya no se repite la creencia medieval según la cual las pirámides eran los graneros del bíblico José para guardar el trigo en tiempos de abundancia, sino que nuestro viajero sabe que el faraón las construyó como sepulturas para él y para su mujer. Cabeza de Vaca sube a una de ellas y luego entra en su interior hasta llegar a una estancia “de rico y reluciente jaspe” donde hay una preciosa caja de piedra verde. Todo esto lo vivió en primera persona, pero completa su información con otras historias relacionadas con las pirámides. Descubre asimismo sobre las puertas de las casas la pintura de un cáliz con una hostia encima de él, lo cual tiene su origen en una leyenda con apariencia de historia.

Aún estando en El Cairo (canto sexto), nos ofrece un testimonio muy interesante: la partida de una expedición para enviar un presente a La Meca “donde está puesto el zancarrón de su falso profeta”. La descripción de tan espectacular comitiva se demora a lo largo de numerosas páginas (f. 42r-50r), dando cuenta de las unidades que van a iniciar la marcha. Con detalle describe el aparato y lujo de las diversas unidades: 12 moros vestidos de carmesí, 20 carros con tiros de artillería, 100 camellos cargados de pólvora, un sanjaco con gran bravura, otros 60 caballeros que le acompañan, 200 más cargados con agua y otros tantos con leña, 100 camellos cargados con aderezos de cocina y asadores, 500 con bizcocho, 200 con aceite, vinagre y manteca, arroz, fideos, garbanzos y lentejas...En fin, todo ello presentado con notas de color para que podamos valorar la importancia de la peregrinación musulmana, a la cual estuvo a punto de sumarse por pasar esta caravana cerca del monte Sinaí, uno de los lugares que deseaba visitar. Pero Cabeza de Vaca prefirió dejarlo para más adelante, aunque sí aprovecha la ocasión para ofrecernos la leyenda del zancajo de Mahoma antes de agregarse a otra caravana que partía en dirección a Palestina.

³⁴ De esta huerta, donde descansó la Virgen en su huida a Egipto, hay numerosas noticias pues todos los peregrinos que pasan por El Cairo cuentan las virtudes de un bálsamo que de allí se extraía con propiedades que al cristiano le parecen milagrosas. En realidad es uno de los pocos sitios donde el peregrino puede comprobar que el milagro existe realmente, pues el perfume de aquel bálsamo es único y ya los sultanes mamelucos lo utilizaban para obsequiar a los príncipes amigos. Recojo las noticias de los viajeros de cien años atrás en mi libro *Relatos de viajes por Egipto...* citado. En la época de Cabeza de Vaca ya no había bálsamo, según se dice, desde que el turco se apoderó del reino de Egipto.

Los cantos que integran la segunda parte (8-17) no ofrecen la novedad y variedad de los primeros, ya que son tantos los lugares santos que se han de ver en Jerusalén y los alrededores que apenas hay espacio para otras historias. Con todo, incluye algunas leyendas con motivo de su paso por Gaza, donde Sansón venció a los filisteos, y por Hebrón, donde se custodian las sepulturas de los patriarcas del antiguo testamento: Adán y Eva, Abraham, Isaac, Rebeca y Jacob.³⁵ Los moros no permiten la entrada a los cristianos a esa mezquita y solo pueden asomarse al interior por una ventana que se mantuvo abierta milagrosamente, a pesar de que los turcos quisieron cerrarla, como cuenta una leyenda. Y antes de entrar en Jerusalén tendrá conocimiento directo del maná:

un rocío blanquísimo se hallaba
tan grueso que en tomándole en la mano
a ella se pega, de la cual me dizen
que el ganado se engorda y se sustenta (f. 60v).

Para entrar en la ciudad santa (canto octavo), el *suvaĵi* (“que es guarda mayor de ella”) anota su nombre, tierra y padre “porque lo tienen por uso antiguo”. Le guían hasta San Salvador, donde los franciscanos puestos en tierra le cantan el *Te deum laudamus*, y con un fraile de ellos visita todos los lugares. Lo primero que observa es que la ciudad, y no por casualidad, tiene forma de cruz y está repartida en cuatro partes, cada una habitada por un pueblo.³⁶ El castillo de los pisanos (la llamada torre de David), la iglesia de Santiago, la casa de Anás y la de Caifás son los primeros lugares visitados; en el Monte Sión, ya vedada la entrada a los cristianos, debe sobornar al moro para ver el sepulcro de David, el Cenáculo, el lugar donde Jesús se apareció

³⁵ Recordemos que estos patriarcas judíos lo eran también de los cristianos y de los musulmanes, toda vez que estos últimos se consideran descendientes de Agar, que era concubina de Abraham para judíos y cristianos (ya que la mujer legítima era Sara), pero la auténtica mujer de Abraham para los árabes. Abraham tuvo con Agar a Ismael, de donde procede el nombre de *ismaelitas* o *agarenos* para referirse a la totalidad del pueblo árabe.

³⁶ Sabido es que en la ciudad vieja de Jerusalén siguen relativamente separados los cuatro barrios. Lo relevante del caso es que durante muchos cientos de años sea dado a este hecho un significado simbólico. Cuando El Cruzado, a finales del siglo XV, empieza *Los misterios de Jerusalén* señalando que la ciudad tiene forma de cruz no hace sino seguir una larga tradición.

a los apóstoles tras resucitar, etc.³⁷. El torrente Cedrón le da pie para contar la leyenda del árbol plantado por Adán de donde con el tiempo se obtendría el palo mayor de la cruz de Cristo. Muchos más lugares son visitados en los cantos 9-11.

En el “canto doceno” visita la iglesia de la Ascensión. Marcha luego a Betania, el pueblo del resucitado Lázaro y de sus hermanas Marta y María. Regresa de nuevo a Jerusalén entrando por la puerta de los leones, lo que le da pie a contar la leyenda de su origen. La entrada en la iglesia del Santo Sepulcro se demora hasta el canto décimo tercero y lo primero que deben hacer es reunir las tres llaves que permiten abrirlo: la del cadí, la del sanjaco (“gobernador y capitán de guerra”) y la del sumo sacerdote. Tras la descripción general de la iglesia,³⁸ se enumeran las nueve sectas que allí están representadas (“es a saber: latinos griegos, gorgios, / armenios, jacobitas y cofites, / abaginos, sorianos, maronitas”) y sus ritos..., lo que le ocupa los tres cantos siguientes (14-16). Ya en el decimo séptimo se va a producir la ceremonia por la cual Cabeza de Vaca es armado caballero de la Orden Templaria y a continuación nos refiere el caso de la peregrina quemada viva frente a la iglesia del Santo Sepulcro un Domingo de Ramos.³⁹

La última parte de la obra (cantos 18-25) reúne las noticias de un largo itinerario visitando el río Jordán, Belén y el lugar donde fueron enterrados los Inocentes, el sepulcro de Santa Paula y San

³⁷ El monasterio de Monte Sión había sido el lugar donde los franciscanos se establecieron al conseguir ser nombrados custodios de Tierra Santa en el siglo XIV. A mediados del siglo XVI, debido a que un judío aseguró que allí se encontraba el sepulcro de David, los franciscanos fueron expulsados y tuvieron que levantar la iglesia y convento de San Salvador, donde han permanecido ininterrumpidamente hasta hoy.

³⁸ “Es a mi parecer, de la manera / que la real iglesia de Toledo / y de algo mayor trecho y circuito...”(f. 101r-v)

³⁹ Cabeza de Vaca la llama Beatriz y dice que era natural de Nájera. Sin embargo, la mayoría de las fuentes coinciden en llamarla María, pero difieren en su nacionalidad ya que unos la consideran española y otros portuguesa, lo que en aquellos años tiene menos importancia por encontrarse ambas coronas bajo el mismo rey. Este martirio tuvo una notable repercusión, ya que se conservan numerosos testimonios del mismo: unos se divulgaron por España en los años siguientes (Escudero de Cobeña, Gómez de Figueroa, Juan Pérez de Moya), otros proceden de peregrinos (Cabeza de Vaca, Zuallart, Ceverio de Vera, Vergoncey) y algunos más de crónicas de Tierra Santa (Gonzaga, Quaresmio, Verniero, Calahorra, San Juan del Puerto). Está en prensa una monografía una monografía nuestra sobre el martirio de esta peregrina y su difusión europea.

Jerónimo, lugares de Nazaret, Siria, Canaam, monte Tabor, Damasco y regreso por el mar de Galilea hasta Jafa y por el camino de ida regresa de nuevo a El Cairo. La acumulación de lugares, apenas descritos, denota que baja el interés del autor por ofrecernos lo que ve y vive con el mismo detalle que lo hizo en su primera estancia en El Cairo. Con todo, es muy interesante la historia de un cristiano de Mantua liberado por él.

La visita del monasterio de Santa Catalina, que otros viajeros describen con cierto detalle, en el *Luzero de la Tierra Santa* no ocupa tanta extensión. Menciona los lugares obligados de la ruta como el desierto de Elín o el lugar donde los egipcios murieron ahogados tratando de cruzar el mar Rojo persiguiendo a los judíos. En esta última parte es curiosa la historia relacionada con el monasterio de San Macario, entre El Cairo y Alejandría, antes de embarcarse en una nave catalana de regreso a Mesina.

6. EL VERSO SUELTO Y EL ALCANCE LITERARIO DEL *LUZERO DE LA TIERRA SANCTA*

Al elegir el verso como forma discursiva, Escobar se inscribe en la lista de unos pocos viajeros que desdeñaron la prosa para relatar su peregrinación a Tierra Santa. Le habían precedido Álvaro Gómez de Figueroa con su *Alcázar Imperial de la Fama del Gran Capitán* (Valencia, 1514), donde combina varios metros, y Juan del Encina, que para su *Tribagia* había elegido el verso de arte mayor. Desde el viaje de Encina en 1519 habían pasado más de sesenta años, las modas literarias eran muy diferentes y Cabeza de Vaca, que probablemente no conocía estos precedentes, sabe que elegir el verso para narrar estas “cosas verdaderas” le aparta de los caminos más comunes. Por eso, a la vez que ofrece una valoración curiosa sobre los géneros en prosa de su tiempo, se apresta a justificar la elección del verso suelto para su discurso:

Bien creo que serán muchos de parecer que semejante materia requería diferente estilo o manera de decir de el que lleva, porque demás de ser poco galano para cosas verdaderas y graves donde no aya amores o armas, no ay escritura mejor que una gallarda y desenfadada prosa, en cuya llaneza se asegure la verdad de la historia que se escribe; no dexé de ver esto antes que diesse principio a mi trabajo, mas succedíame de librarme de este, otro mayor peligro, y es el entender cuán de poco gusto son en este tiempo las historias

escriptas en prosa, cuando ellas mismas no tienen tanta gracia, suavidad y buena traça que obliguen a leerse en cualquier estilo; están enfadados ya los gustos de lo que es prosa, que en saliendo algún libro en ella, si es de guerra le llaman *libro de caballerías*, si de amores, dicen que es *dessabrido language*, si de devoción publican que es un *sermonario*, si de una historia que toque vida de algún santo o un discurso contemplativo sin mezcla de ficciones fabulosas luego le ponen el nombre de *Flos sanctorum*.

Pues para librarme de uno y otro peligro, quise dar un medio entre los dos, que fue el escribirlo en verso suelto⁴⁰, y tal que de verso tiene sola la medida, porque en su claridad y llaneza, y el poco adorno de palabras galanas ni regalan el oído ni offenden la verdad, que es lo que en semejantes se ha siempre de tener ante los ojos.

También estoy cierto que será reprehendida la traça y disposición d'este libro por no tener graciosos cuentos, que entretengan ni gustosas marañas que suspendan, sino un discurso de muchas cosas diferentes. A esto respondo que como fin no fue de ganar renombre de historiador ni poeta, sino de mostrar y facilitar el camino de la sancta y dichosa Hierusalem, no hize sino escribirle por los mismos pasos que yo le anduve, con que creo yo que no avrá nadie que le juzgue por tan difficultoso como le imagina...

Cabe plantearse si no había otras razones en nuestro autor para preferir el verso a la prosa. En primer lugar, tomamos nota de su valoración negativa de la prosa de su tiempo (“están enfadados ya los gustos de lo que es prosa”), como forma ya viciada en unos géneros que él considera convencionales. Cree, por tanto, que el verso dignificará más su discurso, aunque por tratarse de verso suelto, sin rima, lo considera algo que está a medio camino entre la prosa y el verso rimado. Desde luego, su justificación no es del todo creíble,

⁴⁰ Aun hoy los tratadistas no se ponen de acuerdo en denominar al endecasílabo sin rima verso *suelto* (Navarro Tomás, Quilis), *blanco* (Lázaro Carreter) o aceptar todas las denominaciones tradicionales, como prefiere Rafael Lapesa: “Se da por antonomasia el nombre de versos *suelos*, *libres* o *blancos* a series de endecasílabos sin rima” (Lapesa (1974: 120). Navarro Tomás señala que “la demostración más importante del endecasílabo suelto la realizó Jáuregui con sus traducciones de la *Farsalia*, de Lucano, y de la *Aminta*, de Tasso”, que Lope lo empleó en comedias de su primera época y Cervantes con propósito humorístico. En el plano teórico el crítico recuerda que “Juan de la Cueva advirtió en su *Ejemplar poético* las particulares exigencias de ritmo y compostura que esta clase de verso necesita” (1974: 259-260). Una exposición detallada de la significación histórica del verso suelto puede encontrarse en Devoto (1995: 169-174).

pues no siempre puede presumir de “claridad y llaneza” o de que “el poco adorno de palabras galanas n[o] regalan el oído”.

Si el autor no alude a precedentes en el uso del verso suelto para esta materia, debemos pensar que los modelos de Cabeza de Vaca fueron otros. Los poemas en endecasílabos sueltos aludidos por Navarro Tomás, junto con *La Muracinda* de Juan de la Cueva y otros poemas épico burlescos, son más tardíos, pero el endecasílabo era el verso con que las naciones occidentales auspiciaban la nueva escritura épica que les permitía entroncarse con los autores clásicos. Ercilla, Camoens, Ronsard, y Tasso, por citar solo a los grandes, dieron forma y contenidos con sus poemas épicos al ideario máspreciado de las literaturas modernas, siempre apoyado por el catolicismo de sus protagonistas.

Está claro que el gran éxito del endecasílabo en el género épico no pasó desapercibido a Escobar y no debe extrañarnos que junto a *La Araucana* (1569), *Os Lusíadas* (1572), *La Franciada* (1572) o la *Jerusalén libertada* (1579) considerase que los endecasílabos sueltos de su *Luzero de la Tierra Sancta* podían transmitir al lector parte del aliento de semejantes poemas. ¿Qué sentido tiene, si no, dividir su largo poema en 25 cantos? Con cierta ironía, Jerónimo de Ávila en su soneto dice de Escobar “ser con la espada successor de Achiles / y con la pluma seguidor de Homero”. Y aunque es cierto que en el *Luzero* predomina la llaneza y el afán de no apartarse de la verdad, también debe valorarse que cada canto se inicia con unos versos hinchados, de considerable retórica, estilo que reaparece cuando debe narrar una escena vivida con emoción, como la tormenta en alta mar en el viaje de ida, la amenaza de los corsarios ingleses, el fuego declarado en el barco frente a Alejandría o el martirio en la hoguera de la peregrina española.

A la vista del resultado, podemos admitir que la elección del verso suelto para su *Luzero de la Tierra Sancta* resultó un experimento fallido en el que Cabeza de Vaca no alcanzó la calidad literaria que esperaba. En primer lugar, porque el prosaísmo dominante se avenía mal con la búsqueda del ritmo del endecasílabo italiano, acentuado en la sexta y la décima sílabas. Pero también resultan recursos artificiales para esta materia narrativa, en que la verdad es el santo y seña del relato, el abuso del hipébaton, las metáforas convencionales de la poesía italianista o los epítetos superfluos, como vemos en estos versos del “Canto onceno”:

Cuando la aurora en el siguiente día
 la luz restituye a los mortales,
 sus dorados cabellos esparciendo,
 por la más alta y descubierta parte (f. 83r).

7. LA RELIGIOSIDAD DE CABEZA DE VACA

En muchos pasajes de la obra demuestra nuestro autor su profunda religiosidad. Con la mentalidad de hoy, podríamos calificarla de tradicional y carente de cualquier sentimiento crítico, pero hemos de situarnos a finales del siglo XVI y comprobar que las actitudes de Cabeza de Vaca manifiestan a las claras el espíritu que salió de las sesiones del Concilio de Trento y el más característico en la España de Felipe II.

No solo se aprecia su devoción en el afán de visitar todos y cada uno de los lugares santos, sino también en la emoción que en algunas escenas nos transmite, su aprecio por las reliquias o, de soslayo, su opinión sobre Lutero. Un momento culminante se produce en el “canto doceno”, en la iglesia construida en el lugar exacto desde donde Jesús ascendió a los cielos. Para acceder a ella, debe sobornar al moro que custodia la entrada y esa misma dificultad va a encarecer el valor de la visita. El relato entonces se enciende en uno de los momentos más emotivos:

Iva con temor de no ser visto
 Y en entrando en el templo venturoso
 un soberano gozo y bien estraño
 le sacudió de mí, de tal manera
 que no quedó en el alma temerosa
 reliquia de temor, ni dencuidado,
 y más cuando me vi la boca puesta
 sobre la gloriosísima figura
 de aquel sagrado pie de Jesu Christo,
 diera de buena gana los despojos
 de mi abreviada y mal segura vida
 por no salir jamás de aquella parte,
 viendo que desde allí subió a los cielos... (91v-92r).

Su creencia en el valor de las reliquias se hace patente, por ejemplo, cuando Cabeza de Vaca en Betania tiene ocasión de lograr algo con ese valor. Allí vemos a nuestro viajero sentarse donde Jesús

acostumbraba hacerlo muchas veces y seguidamente arrancar de la piedra, “de mayor dureza / que el azero más fino o fuerte hierro” “algunas menudísimas migajas / de esta gran reliquia y santa piedra” (95v). Y tenemos constancia de que conservó dichas reliquias hasta su muerte.⁴¹

Otra vertiente de su religiosidad, y clara expresión de las ideas de su época, es su ensañamiento con Lutero a propósito de una coincidencia en su doctrina con los cristianos “sorianos”, es decir, *surianos* o *siríacos*:

Estos sorianos, antes que Lutero
 (aquel infernal hombre, aquella harpía,
 que arde y arderá perpetuamente)
 sustentase en el mundo sus errores,
 ya ellos sustentaban la heregía
 de no se confessar con ningún hombre,
 porque dizen que no es segura cosa...(112r)

No vamos a entretenernos en las múltiples ocasiones en que nuestro autor censura a los moros y a los turcos por sus creencias religiosas. Podrían muy bien resumirse en la leyenda jocosa sobre el zancajo de Mahoma. Pero si nos preguntamos cuál sería la muerte más deseada para un cristiano de aquella época como Cabeza de Vaca, podemos traer aquí un pasaje del canto decimosexto en que se cuenta el caso del peregrino que en la iglesia del Santo Sepulcro se tendió en el suelo con los brazos en cruz, “como hacen todos”:

Fue tal la devoción y el fervor tanto,
 con que un misterio tal consideraba,
 que estuvo más de una hora puesto en tierra,
 sin menear cabeça, pierna o braço,
 hasta que los demás sus compañeros,
 cansados ya de verle tardar tanto,
 le dixerón, tirándole una mano,

⁴¹ En el último codicilo de su testamento (26 de abril de 1592) manda que se dé “al padre fray Plácido de Villagra, su hermano profeso del Monasterio de San Benito el Real de la villa de Oña, una reliquia qu’el dicho capitán tiene en su poder del señor San Plázido q’está por guarnesçer con más [sic] una cruz de madera que tiene reliquias de Jerusalén”. Y poco más adelante manda a doña Beatriz de Villagra “una cruz de ébano con sus veriles de plata y reliquias dentro, con una cadenilla de oro...”

que les diese lugar a que adorasen
ellos también aquel lugar bendito.
Mas hizo poco sentimiento el cuerpo,
que de su alma estaba ya apartado,
cuyo espíritu y fuerza pudo tanto,
que desató la estrecha ligadura,
y rompió la pesada y grave cárcel,
en que por fuerza estaba detenida,
para gozar mejor su fin postrero;
el cual puede creerse que ya goza,
pues murió en el lugar y mismo sitio,
donde abrió Dios las puertas de los cielos. (127v-128r)⁴²

Nótese cómo en el relato se advierte cierta envidia por haber encontrado la muerte en ese trance.

8. LA ATRACCIÓN DE LA AVENTURA Y LOS RIESGOS DEL VIAJE

Un viaje como el de Cabeza de Vaca entrañaba riesgos importantes y no cabe duda de que la superación de los mismos debería proporcionar momentos de gran interés a sus lectores. Los frailes y sacerdotes que escribieron libros de peregrinación a Tierra Santa solían excluir de sus libros casi todo lo que no fuera materia estrictamente religiosa. El Cruzado señalaba explícitamente a finales del siglo XV que habría otros autores que contarán cosas de interés, pero que él limitaría su tratado a los lugares de devoción. Sin embargo, a lo largo del siglo XVI lo habitual es que los peregrinos laicos aúnen aventura y religión en sus relatos. Incluso un sacerdote como Juan Ceverio de Vera se permitirá incluir en su libro numerosas historias vividas por él en el Nuevo Mundo antes de su peregrinación. La justificación es clara: se lo piden sus amigos y sus historias sirven a menudo para contrastar costumbres como las que observa en aquellos lugares de Oriente.

Los momentos de mayor peligro los vivió Cabeza de Vaca hasta llegar a Egipto. Tanto miedo pasaron en aquella nave francesa que cuando pisaron tierra todos hincaron sus rodillas para dar gracias a Dios por seguir vivos. Ya hemos mencionado con qué temor vivió la aparición de una nave inglesa que les persiguió en alta mar y la

⁴² El mismo caso nos lo contaría, con una mayor sencillez, años después Ceverio de Vera en su *Viaje de la Tierra Santa*.

tormenta que se desató seguidamente y duró unas veinticuatro horas. Otro de los momentos de mayor angustia lo vivió cuando se declaró un fuego en el barco, justo antes de desembarcar en el puerto de Alejandría. Las llamas acabaron con la nave francesa y casi con la vida de Cabeza de Vaca (“y assí me fue forçosso el yr temiendo / de rematar mi vida entre agua y fuego / en medio de las aguas abrassado”), si no hubiera sido salvado por los brazos generosos de un moro que lo puso en tierra. Motivo de orgullo para él fue la solución que ideó de “cañonear” el barco, para que se apagase el fuego de una parte y poder salvar los dineros que llevaba la nave: 80.000 ducados en reales de a ocho y 40.000 en corales. Cabeza de Vaca perdió sus escasas pertenencias, pero en recompensa los mercaderes franceses le abrazaron agradecidos y se hicieron cargo de sus pérdidas por haberles ayudado a salvar lo más valioso de su cargamento.

Riesgo y religión van unidos en la osadía mostrada en El Cairo por cuatro padres de la Compañía de Jesús que intentaban convertir a los coptos al credo latino. Cuando los jesuitas llevaban ya dos años con alguna esperanza de tener éxito, los coptos nombraron a un patriarca “de mayor dureza / más pertinaz y menos domeñable” (f. 24r), a quien a pesar de todo pensaban convencer. La perseverancia de los jesuitas terminó en denuncia al bajá y tanto los padres de la Compañía como los franciscanos que allí había terminaron en prisión, por temor a que 60.000 egipcios secundaran al rey de España. Les requisaron los papeles y mandaron a un judío -quienes habitualmente eran utilizados como intérpretes- que leyese si había alguna carta del rey de España. El asunto se saldó con la intervención de los tres cónsules ante el bajá y una buena cantidad de rubíes y esmeraldas que ablandaron la voluntad del mandatario. La cantidad fijada fue adelantada por los venecianos, que la dieron con intereses “para cobrar del Santo Padre”.

Otros lances no resultan tan espectaculares. Se advierte que, a medida que el viajero se adentra en los dominios del imperio turco como peregrino, va conociendo mejor hasta dónde puede llegar en sus intentos y no hay lugar para grandes sobresaltos. En la caravana de camino a Jerusalén cree que no tendrá que pagar el peaje que los *alárabes* (algo así como salteadores del desierto) exigen a cada grupo de viajeros. Él piensa que se han olvidado de él, pero al final es conminado con malas maneras a soltar el dinero.

Como en otros viajeros, hay mucha diferencia entre los temores iniciales y la rápida adaptación a las normas de cada lugar. Es

interesante también, por no alargarme más, la historia del cristiano de Mantua, que tras servir a Felipe II en Túnez, fue llevado cautivo a Turquía. De allí pudo escaparse huyendo hasta La Meca y luego viajó a las indias orientales hasta que lo prendieron los judíos por intentar llevar un frasco de bálsamo a su tierra. Cabeza de Vaca lo liberó ayudándole a que regresara a Mantua.

9. LA PERVIVENCIA DE LO LEGENDARIO Y MARAVILLOSO

Suele afirmarse que en los libros de viajes medievales la presencia de lo maravilloso es parte consustancial de la materia narrada, en tanto en que ya en el Renacimiento se van dejando de lado esos contenidos en favor de la verdad observable y tangible.

En líneas generales esto es así, pero recordemos que el *Libro de las maravillas del mundo* de Juan de Mandevilla y el *Libro del infante don Pedro de Portugal* fueron leídos en los Siglos de Oro, gracias a la imprenta, mucho más que en la Edad Media. Pero además hay que tener en cuenta que los libros de peregrinación, que presumen de ser veraces en lo que cuentan, dan entrada franca a lo maravilloso refiriéndonos milagros y leyendas cristianas o no cristianas por doquier. El mismo Breidenbach a finales del siglo XV presume de contar sólo cosas verdaderas, oponiendo su discurso al de las fantasías de otros libros; y sin embargo, el deán de Maguncia cree haber visto al unicornio en su camino de Jerusalén al monte Sinaí y su pintor Reuwich no duda en dibujarlo junto con otros animales desconocidos en Europa. Por otro lado, hay otro conjunto de materiales que podemos denominar fantásticos, como son las leyendas que escuchan los peregrinos alemanes de su comitiva y tienen cabida en las páginas de su *Viaje de la Tierra Santa* por mucho que se tome la prevención de advertir que se lo han contado.

Ningún peregrino cristiano, puesto que lleva bien llena la bolsa de la fe, cuestiona cualquier leyenda relacionada con la Biblia, por más que algunas puedan parecernos descabelladas. Las hay que han pervivido hasta hoy, como la que explica la tierra blanca que se ve en Belén, en la denominada Gruta de la Leche, a la que se derramó de la propia Virgen María mientras amamantaba a su hijo durante la matanza de los Inocentes. Este es solo un ejemplo, pero en los siglos XVI y XVII circulaban muchas más leyendas cuyo origen estaba seguramente en la imaginación de los moros y en el deseo de

satisfacer la curiosidad insaciable de los peregrinos cristianos a cambio de una propina.

Con todo, el grado de credulidad de los viajeros es muy diverso. El célebre músico Francisco Guerrero, que viajó a Palestina y a Damasco poco después (en 1588-1589), se burla a veces irónicamente de ciertas historias que le cuentan.⁴³ En Cabeza de Vaca, sin embargo, no aflora la ironía para cuestionar cualquier relato por inverosímil que sea. Si de algo peca, es de ingenuo. Veamos un ejemplo en el que realidad y maravilla se incardinan en un todo inseparable. Durante su estancia en El Cairo esperando sumarse a una caravana para ir a Jerusalén, Cabeza de Vaca descubre muchos secretos de la gran ciudad, entre ellos un lugar donde hay muchas momias. Lo que ve con sus propios ojos adquiere sentido pleno con una explicación bien urdida, así que realidad y ficción pasan a conformar una historia apasionante.

Por entonces ir a ver las momias debía de ser una atracción poco menos que turística (“cosa digna de ver y ser contada, / y que al principio pone algún espanto”). Nos cuenta que aquella “gran cueva” fue descubierta por un moro al caerse por un “boquerón”; este llamó a sus hijos para descubrir la cueva de más de una milla

por la cual caminando luego vieron
un extraño espectáculo de muertos,
mujeres y hombres, todos arrimados
a las paredes de la cueva oscura:
tan enteros estaban estos cuerpos
como si uvieran muerto en aquel día.
Todos ellos estaban muy vendados... (f. 32r).

Publicada la noticia en El Cairo, hallaron por historias que en tiempo de los faraones eran enterrados así y un sabio mágico dijo “que cualquiera que en ella se enterrase / forçosamente al mundo volvería”(f. 33r); así es fácil explicar que con esa esperanza todos

⁴³ Guerrero poco antes de llegar a Trípoli, donde se embarcaría de regreso a Italia, le cuentan una historia al cruzar un río que llaman Can “por una hermosa puente del tiempo de los romanos”; él nos la transmite tal como a él se la han contado sin renunciar a la ironía andaluza más castiza: “Llámase el río del Can por cierta fábula de los gentiles que dizen, que este can, o perro, que era de piedra, hablaba a los d’esta tierra cuando avía de aver guerra o alguna novedad y después lo echaron en este río. Yo lo vendo al precio que lo compré, crea cada uno lo que quisiere”. (Calcraft, 1984: 72)

desearan al morir ser embetunados y enterrados allí, haciéndose poner dentro del vientre el ídolo al que cada uno adoraba (“los más ricos de oro, otros de plata, / algunos de latón, de hierro o barro / y muchos de ellos en papel pintados. (f. 33r)). Según el egipcio que le da la explicación a Cabeza de Vaca, el sultán moderno recompensó a la familia que halló tal cementerio de momias con ese objeto votivo. El caso es que ahora esas momias se venden “a muchos mercaderes que las llevan / por infinitas partes de la tierra” (f. 33v) y concretamente a Francia, Alemania, Italia e Inglaterra.

El testimonio de Cabeza de Vaca es realmente valioso. Hoy sabemos que se comercializaron en los siglos XVI y XVII muchas momias antiguas, y otras que no lo eran tanto, porque tal era la demanda de los países occidentales que las antiguas no eran bastantes para satisfacerla. El prestigioso médico inglés Thomas Pettigrew fue un gran conocedor de las antiguas y modernas momias como demostró en su libro *History of the Egyptian Mummies* (Londres, 1834). En él explica cómo el comercio de momias con fines terapéuticos llegó a ser tan próspero que las antiguas escasearon, motivo por el cual el viejo hábito de momificar los cadáveres volvió a ser práctica habitual en la Europa moderna. Pettigrew cuenta que el navarro Guy de la Fontaine llevó a cabo una investigación en 1564 del mercado de momias en Alejandría, ciudad por la que pasaba todo el negocio, y al examinar los depósitos pudo comprobar cómo los cadáveres de muchos delincuentes eran embetunados y momificados para que pudieran pasar por momias antiguas. Evidentemente los cuerpos que vio Escobar Cabeza de Vaca, con apariencia de estar recién muertos, no tenían demasiada antigüedad, pero está claro que era negocio secreto y a los embalsamadores no les interesaba que se conociera la verdad⁴⁴.

En el canto doceno recoge la leyenda de los cuatro leones que se encuentran en la puerta de poniente de Jerusalén. El soldán de Egipto fue a destruir la ciudad, pero le salieron al paso cuatro leones que nadie veía sino él. Un viejo sabio le preguntó al soldán a qué fue allí y le dijo que no volvería hasta destruir la ciudad y “regarla con sangre de christianos”. El viejo le dijo que cambiara su voto y que prometiera, si ganaba en la batalla, reedificarla y dejar en pie sus templos: la regaría con sangre de carneros. Prometió el soldán que lo haría y al salir de la tienda vio que los leones huían. El soldán egipcio ganó la ciudad y mandó que no tocasen las iglesias: se conformó con

⁴⁴ Brier (1996: 185-186).

quitarles las campanas y que el bajá custodiase las llaves del Santo Sepulcro, tomando para sí el templo de Salomón. Y aunque luego ganaron los turcos, quisieron dejar estos lugares con el mismo tributo. Solo añadieron el peaje de dos zequíes de oro, que al entrar en la ciudad suelen pagarse. Y quiso el soldán, para recuerdo de aquella victoria, que se tallaran en piedra aquellos cuatro ferocísimos leones⁴⁵.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, Vladimir (1993), *Viajeros y maravillas*, Caracas, Monte Ávila Latinoamericana, C.A., 3 vols.
- Alonso Cortés, Narciso (1906), *Noticias de una corte literaria*, Valladolid, Imprenta La Nueva Pincia.
- (1944), “Los poetas vallisoletanos celebrados por Lope en el *Laurel de Apolo*”, en *Miscelánea vallisoletana (séptima serie)*. Valladolid, Imprenta Castellana, pp. 5-58.
- Aznar Vallejo, Eduardo (1994), *Viajes y descubrimientos en la Edad Media*, Madrid, Síntesis.
- Beltrán, Rafael (ed.) (2002), *Maravillas, peregrinaciones y utopías: Literatura de viajes en el mundo románico*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València-Departament de Filologia Espanyola.
- Bennassar, Bartolomé (1989), *Valladolid en el Siglo de Oro. Una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglo XVI* [1967], Valladolid, Ámbito-Ayuntamiento de Valladolid, 2ª ed. española.
- Brier, Bob (1996), *Momias de Egipto. Las claves de un arte antiguo y secreto*, Barcelona, Edhasa.
- Calcraft, R. P. (ed.) (1984), Francisco Guerrero, *El viaje de Jerusalén [Sevilla, 1592]*, Exeter, University of Exeter.

⁴⁵ Estas esculturas en altorrelieve, dos a cada lado de esta puerta situada en el lado este de la ciudad, siguen allí en la actualidad, pero en realidad son tigres (hay quien defiende que son leopardos), el símbolo del sultán Baibars que arrebató Jerusalén definitivamente a los cristianos a mediados del siglo XIII. También se denomina puerta de San Esteban, porque cerca de allí murió lapidado el protomártir de los cristianos. Una noticia del 24/09/2012 informaba de que había terminado una restauración minuciosa de dicha puerta.

- Cano Pérez, M^a José, y Tania M. García Arévalo (eds.) (2012), *Oriente desde Occidente. Los escritos de viajeros judíos, cristianos y musulmanes sobre Siria-Palestina (ss. XII-XVI)*, 2 vols., Granada, Universidad de Granada.
- Carmona, Fernando, y Antonia Martínez Pérez (eds.) (1996), *Libros de viaje: Actas de las Jornadas sobre los libros de viajes en el mundo románico celebradas en Murcia del 27 al 30 de noviembre de 1995*, ed., Murcia, Universidad de Murcia.
- Civezza, Marcelino da (1879), *Saggio di bibliografia geográfica, storia, etnográfica sanfrancescana*, Prato, Ranieri Guasti.
- Córdoba, Joaquín María, y M^a del Carmen Pérez Díez (eds.) (2006), *La aventura española en Oriente (1166-2006): Viajeros, museos y estudiosos en la historia del redescubrimiento del oriente próximo antiguo: Catálogo de la exposición celebrada en el Museo Arqueológico Nacional, Madrid, Abril-Junio, 2006*, Madrid, Ministerio de Cultura.
- Devoto, Daniel (1995), *Para un vocabulario de la rima española*, París, Anexes des Cahiers de Linguistique Hispanique Médiévale, vol. 10.
- García-Abrines, Luis (ed.) (1951), *Alcazar Imperial de la fama del Gran Capitán, la coronación y las cuatro partidas del mundo*, Madrid, Biblioteca de Antiguos Libros Hispánicos del “Instituto Miguel de Cervantes” del CSIC.
- García Guinea, Miguel Ángel (ed.) (1997), *Viajes y viajeros en la España medieval*, Aguilar de Campoo-Madrid, Fundación Sta. María la Real-Polifemo.
- García Sánchez, Enrique (2010), “Libros de viaje en la península ibérica durante la Edad Media: Bibliografía”, *Lemir*, 14, pp. 353-402.
- Golubovich, Girolamo (1906-1927), *Biblioteca Bio-Bibliografica della Terra Santa e dell’Oriente francescano*. Quaracchi: Collegio di S. Bonaventura.
- Gómez de Olea y Bustinza, Javier, y Pedro Moreno Meyerhoff (2000-2001), “Los Señores y Marqueses de Fuentehoyuelo”, *Anales de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía*, 6, pp. 88-154.
- González Moreno, Joaquín (ed.) (1974), Fadrique Enríquez de Ribera, Marqués de Tarifa, *Desde Sevilla a Jerusalén con versos de Juan de la Encina y prosa del Primer Marqués de Tarifa*, Sevilla, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Sevilla.

- Iglesia Duarte, J. Ignacio de la (ed.) (2009), *Viajar en la Edad Media. XIX Semana de Estudios Medievales, Nájera, del 4 al 8 de agosto de 2008*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos.
- Labarge, Margaret W. (1992), *Viajeros medievales: los ricos y los insatisfechos*, Madrid, Nerea D. L.
- Ladero Quesada, Miguel Ángel (1992), *El mundo de los viajeros medievales*, Madrid, Anaya.
- Lama de la Cruz, Víctor de (2011), “Engañar con la verdad, *Arte nuevo*, v. 319”, *Revista de Filología Española*, 91, 1º, pp. 113-128.
- (2013), “Miguel Sánchez en el *Arte nuevo* y sus avatares editoriales”, en dir. José María Díez Borque, eds. M^a Soledad Arredondo Sirodey, A. Martínez Pereira y G. Fernández San Emeterio, *Teatro español de los Siglos de Oro: dramaturgos, textos, escenarios, fiestas*, Madrid, Visor, pp. 269-285.
- (2013), *Relatos de viajes por Egipto en la época de los Reyes Católicos*, Madrid, Miraguano.
- (2015), “La poesía de Miguel Sánchez, el Divino”, *Revista de Literatura*, enero-junio, vol. 77, nº 153, pp. 15-45.
- Lapasa, Rafael (1974), *Introducción a los estudios literarios*, Madrid, Cátedra.
- López Estrada, Francisco (2003) *Libros de viajeros hispánicos medievales*, Madrid, Laberinto.
- Manzano Martín, Braulio (1995), *Íñigo de Loyola, peregrino en Jerusalén (1523-1524)*, Madrid, Ediciones Encuentro.
- Matesanz del Barrio, María (1997), “*Epístolas y Evangelios por todo el año. Una errónea atribución*”, *Revista de Filología Románica*, 13, pp. 215-230.
- Monferrer Sala, Juan Pedro y M^a Dolores Rodríguez Gómez (eds.) (2005), *Entre Oriente y Occidente: ciudades y viajeros en la Edad Media*, Granada, Universidad de Granada.
- Navarro Tomás, Tomás (5^a ed., 1978), *Métrica española*, Madrid-Barcelona, Guadarrama.
- Pérez Priego, Miguel Ángel (ed.) (1996), Juan del Encina, *Obra completa*, Madrid, Fundación de José Antonio Castro y Turner.
- Pérez Priego, Miguel Ángel (2002), *Viajeros y libros de viajes en la España medieval*, Madrid, UNED.
- Popeanga, Eugenia (coord.) (1991), *Los libros de viajes en el mundo románico*, Anejo I de la *Revista de Filología Románica*, Madrid, Universidad Complutense.

- Rambaldo, Ana María (ed.) (1978), Juan del Encina, *Obras completas, II*, Madrid, Espasa-Calpe (Clásicos Castellanos, 219).
- Rodríguez Temperley, María Mercedes (ed.) (2005), Juan de Mandevilla, *Libro de las maravillas del mundo Ms. Esc.-III-7*, Buenos Aires, Studia Hispanica Medievalia.
- Rogers, Francis M. (ed.) (1962), Gómez de Santisteban, *Libro del infante don Pedro de Portugal*, Lisboa, Fundação Calouste Gulbenkian.
- Röhrich, Reinhold (1890), *Bibliotheca Geographica Palaestinae*, Berlín, H. Reuthers's Verlagbuchhandlung (hay reedición en 1963: Jerusalem, The Universitas Booksellers of Jerusalem).
- Rubio González, Lorenzo (ed.) (1980), *Las obras de Jerónimo de Lomas Cantoral*, Valladolid, Diputación Provincial.
- Rubio Tovar, Joaquín (1986), *Libros españoles de viajes medievales*, Madrid, Taurus.
- Sharrer, Harvey L., (1976-1977) "Evidence of a fifteenth-century *Libro del infante don Pedro de Portugal* and its relationship to the Alexandre cycle", *Journal of Hispanic Philology*, 1, pp. 85-98.
- Simón Palmer, M.^a del Carmen (2011), "Apuntes para una bibliografía del viaje literario (1990-2010)", *Revista de Literatura* (Número monográfico sobre relatos de viaje coord. por Luis Albuquerque), vol. 73, n^o 145, pp. 315-362.
- Taylor, Barry (1993), "Los libros de viaje en la Edad Media Hispánica: bibliografía y recepción", en *Actas do Congresso da AHLM*, vol. I, Lisboa Cosmos, pp. 187-203.
- Tena Tena, Pedro (1991), "Estudio de un desconocido relato de viajes a Tierra Santa", *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, 9, pp. 187-203.
- Tobler, Titus (1867), *Bibliographia Geographica Palaestinae*, Leipzig, Verlag von S. Hirzel.
- Uzcanga Meinecke, Francisco (2006), "Estudios sobre literatura de viajes (1995-2005)", *Iberoamericana*, año 6, n^o 23, pp. 203-220.